

ÁLVARO NÚÑEZ IGLESIAS



LA TREGUA
DE NAVIDAD
DE 1914



Álvaro Núñez Iglesias

La tregua de Navidad de 1914



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2023

Imagen de cubierta: Tregua en el Frente Oriental en 1915 (tomada a las afueras de Salónica)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 130

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-164-9

Depósito Legal: M-29758-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Abreviaturas.....	9
-------------------	---

Proemio

La Navidad que detuvo la Gran Guerra

Una guerra que comienza	15
Una tregua para Navidad.....	25
La Tregua de Navidad.....	30
El relato de la Tregua.....	37

Primera parte

Frente belgo-alemán

«A orillas del agua turbia y oscura del Yser».....	55
Pervyse y Oostkerke	59
Hoge Brug de Dixmude.....	62
Puente ferroviario de Dixmude.....	66

Segunda parte

Frente franco-alemán del Saliente de Yprés

«En los campos de Flandes las amapolas se mecen entre las cruces»	73
Bixschoote.....	75
Polygoonbos, este de Yprés.....	77
Colina 59, sudeste de Yprés.....	79

Tercera parte
Frente germano-británico

«Un rincón de un campo extranjero que es Inglaterra para siempre»	83
I. Al sur de Yprés	86
Cerca de Wytschaete	89
Bajo la «cresta» de Messines	91
Frente a Messines	96
La Petite Douve.....	98
II. Entre el Douve y el Lys.....	105
La Douve y La Plus Douve	107
Saint-Yvon	110
Bosque de Ploegsteert.....	117
Le Gheer.....	126
Le Touquet.....	129
III. Al otro lado del Lys	134
Frélinghien	136
Houplines.....	141
La Epinette.....	145
La Hongrie.....	150
Rue du Bois y Wez-Macquart.....	154
De Rue du Bois a La Grande Flamengrie.....	159
IV. Al sur de Bois-Grenier	163
Bois Blancs	165
La Boutillerie	166
La Cordonnerie.....	171
Les Rouges Bancs.....	177
V. En Neuve-Chapelle.....	183
Picantin	185
Fauquissart	188
Neuve-Chapelle	190
VI. En La Bassée.....	195
Richebourg.....	199
Al sur de La Quinque Rue.....	203
Givenchy	205
Cunchy	206

Cuarta parte
Frente franco-alemán

«Del mar a los Vosgos y de Dunkerque a Belfort, a través de los siete ríos»	211
I. En la llanura de Lens	214
Haisnes	217
Vermelles	218
Grenay	219
II. Entre Lens y el sur de Arrás.....	220
Ablain-Saint-Nazaire y Carency	223
Entre Achicourt y Beaurains.....	227
Wailly.....	228
Monchy-au-Bois, Hébuterne y Puisieux.....	229
III. En el Somme	232
Entre Fricourt y Mametz.....	234
Frise.....	235
Dompierre y Fay.....	240
Entre Foucaucourt y Soyécourt.....	245
Andechy	247
IV. En el Valle del Aisne.....	249
Soupir y Craonne.....	251
Berry-au-Bac.....	252
El Godat	254
De Loivre a Courcy	255
Les Cavaliers de Courcy	259
La verrerie de La Neuville.....	261
V. Al norte y al este de Reims	266
Saint-Hilaire.....	269
VI. En torno a Verdún	272
Bosque de Argona, oeste de Verdún.....	274
Les Éparges, este de Verdún.....	276
Tête-à-Vache (Forêt d'Apremont).....	278
VII. En los Vosgos	283
Roche Mère Henry (Senones).....	285

La Fontenelle y Collado de Hermanpaire.....	286
Tête du Violu	288
Epílogo	291
Agradecimientos.....	297
Anexo I. Unidades participantes.....	301
Ejército alemán.....	301
Ejército belga	304
Ejército británico.....	304
Ejército francés	306
Anexo II. Cancionero de la Tregua	311
Tabla de ilustraciones.....	313
Fuentes y bibliografía	317
Notas	339

ABREVIATURAS

BCA	Bataillon de chasseurs alpins
BCP	Bataillon de chasseurs à pied
BEF	British Expeditionary Force (Fuerza Expedicionaria Británica)
Bde.	Brigade
Bgda.	Brigada
Bón.	Batallón
Btn.	Bataillon
Cía.	Compañía
DI	División de Infantería / Division d'infanterie
DIT	División de Infantería Territorial
IWM	Imperial War Museum
i	imagen
Inf.	Infantería / Infanterie
IR	Infanterie Regiment / Regimiento de Infantería
JMO	Journal des marches et opérations
KRRC	Cuerpo de Tiradores Reales
LIR	Landwehr-Infanterie-Regiment
Regt.	Regiment
Rgt.	Régiment
Rgto.	Regimiento

RI	Régiment d'infanterie / Regimiento de Infantería
RIR	Reserve Infanterie Régiment / Regimiento de Infantería de Reserva
RIT	Régiment d'infanterie territoriale / Regimiento de Infantería Territorial
SHD	Service Historique de la Défense
TNA	The National Archives
WO	War Office

*Por la Navidad.
Por la historia que cuentan sus montañas
de corcho y escayola,
y para ti, que las levantas cada año
como si los niños todavía estuvieran en casa.*

PROEMIO
LA NAVIDAD QUE DETUVO
LA GRAN GUERRA

Una guerra que comienza

«De repente todos los Estados se sintieron fuertes,
olvidando que los demás se sentían de igual manera».
Stefan Zweig¹

La Gran Guerra sobrevino inesperadamente un día de verano de 1914. Pero las guerras, como las enfermedades mortales, se gestan antes, a veces mucho antes de su terrible manifestación. La cuestión está en saber cómo, en elucidar sus causas.

El advenimiento de Alemania como gran potencia, tras la unificación del mosaico germánico en torno a Prusia, y la derrota francesa de 1871 habían alterado el equilibrio de poder que existía en Europa desde las guerras napoleónicas. El Imperio alemán no tenía rival en el continente, y para compensar su pujanza militar, Francia había sellado alianza con Rusia en 1894. También Alemania estaba coaligada con Austria-Hungría, aunque ello no le impedía sentirse aislada en el centro de Europa, y asediada por aquella alianza franco-rusa a la que, entre 1904 y 1907, se sumó Gran Bretaña. Se trataba de alianzas de naturaleza defensiva, es verdad, pero su sola existencia resultaba inquietante.

Con todo, la preeminencia germánica era solo continental. En el resto del mundo, dominaban Gran Bretaña y Francia, y era lógico que Alemania anhelara igualar a la primera como potencia marítima, y a la segunda, como potencia colonial. Pero, en verdad, no existía ninguna disputa colonial grave, y las que se habían producido en los años anteriores se habían resuelto pacíficamente (Marruecos, en 1905 y 1911; Libia, en 1911-1912). De hecho, con la resolución de la segunda crisis de Marruecos, que supuso la cesión de territorio del Congo a Alemania, esta se sintió satisfecha.

También, dentro de Europa, existían pendencias fronterizas y tendencias expansionistas. Francia, tras la pérdida de Alsacia

y Lorena, no estaba conforme con el *statu quo* estatuido. Rusia estaba interesada en arrebatar al Imperio otomano el control de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos. E Italia, a pesar de ser aliada de Alemania y de Austria-Hungría, pretendía los territorios austriacos del Alto Adige y del Trentino. No obstante, lo más grave había acaecido en la península balcánica: primero, la anexión en 1908 de Bosnia-Herzegovina por parte de Austria-Hungría, tras haber administrado ese territorio durante treinta años, en virtud de lo establecido en el Congreso de Berlín de 1878; y luego, las dos guerras que suscitó el reparto de los despojos balcánicos del Imperio otomano: la de 1912 y la de 1913. Pero ambas se resolvieron en pocos meses: la primera, en tres; la segunda, en dos.

Se suele citar, entre las causas de la guerra el creciente nacionalismo. Pero en el umbral de la guerra, el sentimiento nacionalista de los ciudadanos no se traducía en odio hacia los demás países —aunque algunos discursos, alguna prensa y alguna literatura «barata» (*penny press*) sí lo alimentaban—, sino, más bien, en una confianza inflada en la propia nación, en su gobierno, en su economía y en su poder militar. Otra cosa sucedería una vez comenzada la guerra.

Europa vivía un largo período de paz que rondaba los cuarenta años. Algo más, si se contaba desde el Tratado de Versalles —epílogo de la guerra franco-prusiana—, y algo menos, si se calculaba desde el Tratado de San Stefano —colofón de la guerra ruso-otomana—. Sin embargo, ninguna de las principales potencias europeas confiaba en que aquella paz durara mucho más, y todas se involucraron en alguna suerte de reforma o renovación militar. Todas aumentaron el gasto militar. Todas introdujeron el servicio militar obligatorio, a excepción de Gran Bretaña. Austria-Hungría lo hizo en 1868; Alemania, en 1870; Italia, en 1873; y Rusia, en 1874. Francia, que ya lo tenía desde la Revolución, alargó su período de dos a tres años en 1913, al mismo tiempo que Alemania aumentaba en 170.000 soldados sus efectivos permanentes. En 1914, Alemania contaba 2.100.000 hombres en armas; Austria-Hungría, 1.330.000; Francia, 1.800.000; Rusia, 3.400.000; y Gran Bretaña, solo 170.000.

Si el ejército de Gran Bretaña era relativamente pequeño (Moltke dijo una vez que si se atrevía a desplegarse en el continente, enviaría al departamento de policía de Berlín para detenerlo), su armada era la primera del mundo. La Armada Británica tenía como adversarias más probables a las armadas francesa y rusa, pero, a principios del siglo XX, se descubrió que no era así. Alemania había comenzado, en 1897, un programa de construcción naval a gran escala, en consonancia con su pretensión de convertirse en una potencia colonial. En sucesivas leyes navales (*Flottengesetze*), el Reichstag fue incrementando la flota de guerra y, en especial, el número de acorazados que debían construirse. En respuesta a este desafío, la Royal Navy lanzó su propio programa de construcción, que se centró en un nuevo tipo de buque, el HMS Dreadnought, que por su tamaño, número de cañones, velocidad, método de propulsión y blindaje de calidad, constituía una revolución. Al comienzo de la guerra, Gran Bretaña tenía 49 acorazados, mientras Alemania únicamente 29, aunque ni aquellos ni estos estaban, todos, terminados entonces.

El verano de 1914 comenzó sin que hubiera nubes de un posible conflicto en el horizonte. Iba a ser un verano cálido, radiante y apacible; un verano tranquilo, como lo habían sido los anteriores. En vísperas de la guerra, todo discurría como de costumbre. El Concurso de Belleza Femenina de Berlín tuvo lugar a primeros de junio, lo mismo que la Exposición española de Turismo de Londres (*Sunny Spain*). El Buque Escuela Buglia, de la marina italiana, en el que iba el príncipe heredero, Humberto, seguía su plan de navegación por la costa española. La Carrera de Ascot se celebró, como todos los años, en la tercera semana de ese mes, con la presencia de Jorge V y de la reina María. A finales de junio, Alfonso XIII participó con el «Barandil» en las regatas de San Sebastián. Y lo más notable de todo: la Royal Navy fue invitada a asistir a la Semana de Regatas de Kiel.

En la última semana de junio, los acorazados de una escuadra británica anclaron junto a los acorazados de la Flota de Alta Mar

del káiser en la bahía de Kiel. Ambas flotas celebraron, juntas, las ceremonias de aquella semana y planearon que la Royal Navy devolviera la invitación antes de que terminara el año. Fue un momento de entendimiento mutuo, de amistoso acercamiento, hasta el punto de que el káiser Guillermo se permitió subir a bordo de un buque de la Royal Navy vistiendo el uniforme de almirante británico, porque su abuela, la reina Victoria, le había concedido ese honor.

En las capitales europeas, los parlamentos celebraban sus últimas sesiones. En las ciudades, muchas tiendas fijaban en sus puertas: «Cerrado hasta septiembre», y muchos teatros clausuraban las suyas y enviaban a sus compañías a provincias. Los que podían se iban de vacaciones, como lo habían hecho siempre, incluso lejos de sus fronteras. Stefan Zweig, que ha relatado admirablemente ese momento, había salido de Viena y pasaba dos semanas en Le Coq, un balneario de la costa belga, cerca de Ostende, antes de reunirse con Verhaeren en Caillou-qui-Bique para traducir al alemán sus últimos versos. Picasso descansaba tranquilamente en Céret, cerca de la frontera española, en compañía de Juan Gris y de Max Jacob. Y Rilke, que igualmente había dejado París por unas semanas, se encontraba con Lou Andreas-Salomé en Göttingen.

Pero toda aquella normalidad se quebró el 28 de junio en los confines del Imperio austro-húngaro. El archiduque Francisco Fernando, heredero a la corona austro-húngara, y su esposa, de visita oficial en Sarajevo, caían muertos en la mañana de ese día por los disparos de un fanático serbio de diecinueve años.

Austria-Hungría, a pesar de estar convencida de la responsabilidad de Serbia en el atentado, retrasó su respuesta. El mes de julio fue un ir y venir de cartas y telegramas, de reuniones y entrevistas (singularmente, la del 5 de julio, en la que el káiser hizo saber al emperador de Austria, a través de su embajador en Berlín, que permanecería fielmente a su lado «en todas las circunstancias»), pero fue discurriendo sin más sobresaltos. Incluso la decisión de Francisco José de no asistir al funeral de su sobrino y heredero supuso que la mayoría de los demás jefes de Estado de Europa tampoco asistieran. Su aparente indiferencia envió una

señal a los europeos de que era poco probable que el asesinato tuviera consecuencias importantes². Así las cosas, el káiser se fue de crucero por Noruega; Poincaré, a su regreso de San Petersburgo, siguió adelante con su plan de vacaciones; y el ministro de Asuntos Exteriores británico, Sir Edward Grey, se fue a pescar truchas.

El 23 de julio, Austria-Hungría envió un ultimátum a Serbia con una serie de exigencias que sabía que el gobierno serbio nunca podría aceptar con honor y dio un plazo de respuesta de cuarenta y ocho horas. Antes de cumplirse el plazo, Serbia respondió aceptando todas las demandas menos dos, a la par que comenzaba a movilizar a sus tropas. Al día siguiente, Austria-Hungría movilizó a las suyas; el 28, declaró la guerra a Serbia, y el 29, bombardeó Belgrado. En ese momento, el sistema de alianzas de las potencias europeas quedó activado, y la devastadora maquinaria de la guerra comenzó a funcionar.

El 30 de julio, Rusia ordenó la movilización general de su ejército («el más bello regalo hecho a la revolución», dijo Lenin). El 31, Alemania lanzó un ultimátum de doce horas a Rusia para que detuviera sus acciones militares preventivas; y el 1 de agosto, Francia y Alemania se movilizaron, y Alemania declaró la guerra a Rusia.

Las declaraciones continuaron: Alemania declaró la guerra a Francia el día 3; Gran Bretaña a Alemania, el 4, tras la invasión de Bélgica; Austria-Hungría a Francia y a Gran Bretaña, el 6. Y así hasta primeros de noviembre, en que se produjeron las declaraciones que introdujeron a Turquía en la guerra³.

En la tarde del sábado 1 de agosto, miles de personas se reunieron frente al Palacio Real de Berlín para asistir con entusiasmo al vencimiento del ultimátum dado a Rusia y al anuncio de la movilización. Cuando, a las cinco de la tarde, un oficial apareció en la puerta de palacio e hizo el anuncio, miles de jóvenes enervados cantaron el himno *Nun danket alle Gott*⁴ y comenzaron a desfilar por las calles, mientras entonaban cantos patrióticos y agitaban los sombreros, albergando la esperanza de un triunfo rápido. Y lo mismo en Múnich, al día siguiente, donde miles de jóvenes concentrados en la Odeonsplatz —entre los que se encontraba

un austriaco deseoso de servir al rey de Baviera, de nombre Adolf Hitler — cantaron himnos militares y gritaron consignas entusiasmadas, al tiempo que, en la estación, en un vagón dispuesto para el primer transporte de soldados, alguien escribía: «A París, vía Metz». También, en la estación de Dresde, un vagón exhibía una inscripción semejante: «París debe ser de Sajonia». Porque París volvía a ser el objetivo. Creían en ello; confiaban en lo que el emperador de Alemania les había prometido: «Estaréis en casa antes de que caigan las hojas de los árboles».

El domingo 2 de agosto las tropas acuarteladas en París salieron a la calle, camino de las estaciones de tren. Las avenidas se llenaron de jóvenes uniformados: dragones, coraceros, infantes y artilleros, y de otros —estudiantes, artesanos, comerciantes, funcionarios— que todavía vestían ropa de calle y saludaban con la gorra a una multitud que les gritaba: «¡A Berlín! ¡A Berlín!». Ellos también esperaban estar de vuelta en unas semanas, tras «una marcha triunfal, a través del Rin, hasta el corazón de Prusia»⁵. Los extranjeros de París, que habían escuchado el llamamiento del suizo Cendrars y del italiano Canudo, aguardaban a que llegara el lunes para inscribirse en los centros de reclutamiento. En las capitales de provincia, se proclamó la movilización al son de tambores y, en los días siguientes, más de dos millones de reservistas franceses se fueron incorporando a su unidad.

En Viena, los reservistas, movilizados el 31 de julio, desfilaron igualmente jubilosos antes de subir a los trenes que les conducirían al frente, porque también pensaban que sería una guerra corta de verano, y que, en otoño, en Navidad a lo sumo, estarían de nuevo en casa.

En Londres, el 3 de agosto, la estación Victoria se llenó de alemanes que corrían hacia la costa, camino de una patria que les llamaba precipitadamente y que estaba «por encima de todo», como cantarían en pocos días (*Deutschland, Deutschland über alles*). Muchos de ellos llevaban años viviendo en Inglaterra.

En pocas semanas, seis millones de hombres fueron movilizados y llevados al campo de batalla gracias al ferrocarril, para cubrir dos frentes.

En el Frente Occidental, el primer acto de guerra se produjo el 2 de agosto, obedeciendo a un plan trazado a fines de la década de 1890 por Alfred Graf von Schlieffen, jefe entonces del Estado Mayor alemán. El plan Schlieffen estaba concebido sobre la idea de que Alemania siempre tendría que combatir en dos frentes en cualquier hipotética guerra; por tanto, contra Francia y contra Rusia. Ante la imposibilidad de hacerlo a la vez, resultaba necesaria una victoria rápida sobre uno de los dos y, en función del tamaño de Rusia y de la lenta movilización de su ejército, el plan preveía concentrar las fuerzas en Francia y derrotarla en seis semanas. Y la única forma de obtener esa victoria era penetrar en Francia por el norte, evitando el poderoso cinturón de fortificaciones que discurría a lo largo de la línea Verdún-Toul-Épinal-Belfort. Así, tras la prevista fulminante victoria sobre Francia, Alemania podría concentrar todo su esfuerzo bélico sobre Rusia.

Sin embargo, Helmuth von Moltke, sucesor de Schlieffen como jefe del Estado Mayor Imperial, no siguió exactamente el plan de este. Ciertamente, inició la invasión de Francia por su ala derecha, a través de Bélgica, pero no reforzó las tropas de ese ala con las del ala izquierda (sector de Verdún), como había previsto Schlieffen, en cuanto fuera posible.

El Ejército alemán invadió Luxemburgo el 2 de agosto y entró en Bélgica, violando su neutralidad, en las primeras horas del día 4. En el curso de tres semanas fue tomando las principales ciudades y plazas fuertes belgas. Primero, Lieja, fuertemente fortificada, rodeada de fosos y de doce fuertes en círculo; después, Namur, que contaba con un anillo de nueve fortificaciones. Tras esa derrota, lo que quedaba del ejército belga pasó a Amberes.

Tropas francesas penetraron, muy al principio, en Lorena, pero fueron obligadas a retroceder y empujadas hasta Nancy; algo parecido ocurrió en Alsacia. Otras, que entraron en suelo belga para evitar el avance alemán hacia el sur, fueron derrotadas en Charleroi. A estas derrotas siguieron las de Le Cateau, San Quintín, Amiens, Soissons, Compiègne... Solo había pasado un mes desde la declaración de guerra, y el Ejército alemán había superado el río

Aisne y llegado al Marne, peligrosamente cerca de París. Pero en el Marne los franceses fueron capaces de hacer frente al invasor con un nuevo ejército, creado en muy pocos días. Una hazaña en la que también participaron los taxistas de París, requeridos por el gobernador de la plaza, Gallieni, para enviar con urgencia seis mil reservistas al campo de batalla.

Hasta la batalla del Marne, posiblemente la más importante de aquella guerra, que se libró entre el 6 y el 9 de septiembre, a lo largo de un frente de más de 200 kilómetros, entre Meaux (a solo 50 kilómetros de París) y Verdún, no se pudo detener el avance alemán hacia el interior de Francia por el centro. El desastre de 1870 no se volvía a producir; se había salvado París. Los alemanes, entonces, se retiraron hacia el Aisne y comenzaron a atrincherarse. Allí lograron detener al Ejército francés y a la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF).

A principios de otoño, el general Erich von Falkenhayn sustituyó a Moltke y decidió reforzar el ala derecha de su ejército con nuevas unidades y reactivar la maniobra de penetración por el norte hacia el interior de Francia, a través de la conquista de toda la costa belga y de los puertos del Canal hasta a Calais. Fue un desesperado intento de envolver al enemigo y, a la vez, de impedir el desembarco de más tropas británicas, pues las que estaban en el Aisne, una vez sustituidas por fuerzas francesas, habían comenzado a desplazarse también hacia el norte. Este desplazamiento de unidades de uno y otro bando, conocido como la «Carrera hacia el Mar», fue el último gran movimiento de tropas en el Frente Occidental. El avance alemán solo dio como resultado la toma de Amberes el 10 de octubre; de Gante, el 12; de Lille, el 13; de Ostende, el 16; y terminó a orillas del Yser.

Tras la inundación del valle del Yser, solo les quedaba a los alemanes la posibilidad de romper el frente por Yprés, y no lo consiguieron. El káiser Guillermo II, que pensaba hacer una entrada triunfal en Yprés el uno de noviembre, tuvo que retirarse. Ese mismo día, Falkenhayn supo que el Plan Schlieffen había fracasado y que continuar con la guerra de movimientos podría suponer

una derrota. A pesar de ello, todavía ordenó otro movimiento para el 10 de noviembre, pero fue el último. Las bajas habían sido numerosísimas en ambos bandos hasta ese día⁶, y ninguno de ellos estaba en condiciones de iniciar, por el momento, otra gran ofensiva. La guerra de movimientos dio paso entonces a la guerra de trincheras y, con ello, toda esperanza de un pronto final se desvaneció:

Las grandes esperanzas con las que se hablaba, después de las victorias de Namur y San Quintín, de que quizás estaríamos ya en casa para Navidad, habían desaparecido. La batalla del Marne las había destruido, y en la víspera de Año Nuevo de 1914 nadie creía que la guerra fuera a terminar pronto⁷.

El Frente Occidental se estabilizó. Durante los siguientes cuatro años, dos hileras de alambre de espino correrán a unos centenares de metros la una de la otra —a veces, a mucho menos—, desde la costa belga hasta la frontera franco-suiza: desde Nieuport (Nieuwpoort) hasta Belfort, a lo largo de 750 kilómetros. La línea de trincheras pasará cerca, o a las mismas puertas de las grandes ciudades, que sufrirán encarnizados combates en su periferia. Además de Yprés: Arrás, Amiens y Reims, por nombrar algunas de las que no cayeron en manos alemanas. Los soldados de ambos bandos quedarán asentados en una estrecha franja de territorio inclemente, sometidos a la continua tensión de los *francs-tireurs* y de los bombardeos, aliviados escasamente por los sistemas de rotación de tropas.

En el Frente Oriental, la guerra también comenzó en agosto de 1914 con un prematuro avance del Ejército ruso en Prusia Oriental y en la parte oriental del Imperio austro-húngaro. El avance de la «apisonadora rusa» en Prusia fue efímero. Una hábil maniobra del mando alemán y una falta de comunicación entre los ejércitos rusos Primero y Segundo proporcionó a las tropas alemanas la rotunda victoria de Tannenberg, al norte de Varsovia, a finales de agosto. Tras ella, los alemanes trasladaron el grueso de sus fuerzas al frente de Cracovia, donde la ofensiva austriaca, lanzada el 20 de

agosto, no había tenido éxito. En noviembre, los rusos hicieron un poderoso esfuerzo para invadir la Silesia Prusiana, pero la llegada de cuatro cuerpos de ejército alemanes procedentes del Frente Occidental lo desbarató. Los rusos volvieron a mediados de diciembre a la línea de los ríos Bzura y Rawka frente a Varsovia. También en Galitzia se tuvieron que replegar a los ríos Nida y Dunajec. En el conjunto del Frente Oriental, podían formarse líneas de trincheras, pero romperlas no era difícil, especialmente para el Ejército alemán, y entonces podían llevarse a cabo operaciones móviles al viejo estilo. El frente pronto alcanzó más de 2.000 kilómetros, desde la costa del Mar Báltico hasta el Mar Negro.

Una tregua para Navidad

Pax hominibus bonae voluntatis.

Lc 2,14

Los jóvenes que dejaron «las aulas de las universidades, los pupitres de las escuelas, los tableros de los talleres»⁸ —como escribió Ernst Jünger, que fue uno de ellos— en los primeros días de agosto, henchidos de fervor patriótico, llenos de euforia y ávidos de aventura, fueron a la guerra para terminar con todas las guerras (aquella iba a ser «la última de las guerras», había dicho Péguy⁹), pensando que estarían de vuelta en casa por Navidad.

A finales de diciembre, muchos de los jóvenes que llenaron las calles a primeros de agosto ya habían muerto en el campo de batalla, y los que quedaban —y los que se acababan de incorporar— ya no esperaban una paz inmediata ni un regreso al hogar por Navidad. Las ilusiones de los primeros días de agosto también habían muerto: «El entusiasmo exuberante y algo infantil del principio se ha ido calmando», escribió un oficial de cazadores alpinos el 26 de diciembre¹⁰.

La Navidad, no obstante, iba a llegar. Para los soldados no sería la fiesta de todos años (la que «nuestros campesinos siempre han celebrado [...], la fiesta por excelencia del hogar familiar, la de sus hijos»¹¹), pero se hizo un esfuerzo, desde la retaguardia, para que aquellos la vivieran de alguna manera. Y así, miles de paquetes fueron llegando al frente, en los días previos, desde las casas, las asociaciones y los almacenes o periódicos que habían promovido una suscripción pública. Fue el caso de la *Revue Hebdomadaire*, que obtuvo 530.000 francos, pronto transformados en calcetines y gorros de lana, guantes y bufandas, tabaco, salchichas, chocolate y dulces. En Gran Bretaña surgieron diversas iniciativas colectivas en las que los servicios postales jugaron un papel destacado (en

las semanas precedentes a Navidad, se despacharon unos 450.000 paquetes y dos millones y medio de cartas; y para los prisioneros se estuvieron enviando una media de dos mil quinientas cartas diarias¹²). Por su parte, los príncipes de las casas reinantes hicieron, cada uno, regalos a sus soldados: la hija de diecisiete años del rey Jorge V, la princesa María, a los británicos; el príncipe Guillermo de Prusia, a los prusianos.

La caja de regalo de la princesa María —recuerdo de una lata de chocolate que la reina Victoria había entregado, por Navidad, a los soldados en la Guerra de los Bóers—, junto con una felicitación de los reyes («Con nuestros mejores deseos para la Navidad de 1914. Que Dios os proteja y os traiga a salvo a casa») y una foto de ella misma, podía contener, bien cigarrillos o una pipa con una onza de tabaco, bien caramelos ácidos (*acid drops*) —para los no fumadores— o caramelos de azúcar y una cajita de lata con especias —para las tropas coloniales hindúes—, bien un estuche con útiles de escritura y una pluma de plata, si se trataba de oficiales. A los soldados prusianos del Quinto Ejército, el príncipe Guillermo les entregó, ya una pipa de espuma de mar con su propio perfil, ya una caja de puros con la inscripción «Weihnachten im Felde 1914»¹³.

Por su parte, los soldados belgas recibieron puros del rey Alberto y bufandas de la reina Isabel, y también presentes de las buenas gentes de Inglaterra.

Una iniciativa de tregua navideña, de veinte días, dirigida a las naciones beligerantes del mundo, incluidas Japón y Turquía, surgió de un grupo de senadores norteamericanos, que la introdujeron en el Senado como propuesta de resolución el 10 de diciembre¹⁴. También hubo proposiciones de mediación y una intensa actividad por parte de los movimientos pacifistas de Estados Unidos —encabezados principalmente por mujeres¹⁵—, en la búsqueda de un final a las hostilidades, pero no hicieron ninguna acción concreta para lograr una tregua por Navidad¹⁶.

El papa, que, desde el 3 de septiembre, era Giacomo della Chiesa con el nombre de Benedicto XV, propuso el 6 de diciembre, por vía diplomática, a los Estados contendientes que depusieran las armas en Navidad¹⁷. No era la primera vez que hacía un llamamiento a la paz. Lo había hecho ya el 8 de octubre, en un artículo en el *L'Osservatore Romano*, y también el 1 de noviembre, día de Todos los Santos, por medio de la encíclica *Ad Beatissimi Apostolorum* («Que el Dios misericordioso nos conceda, como en el nacimiento del divino Redentor, que resuena en la madrugada de nuestro pontificado la voz angélica de la paz: *pax hominibus bonae voluntatis*. Y que aquellos que tienen los destinos de los pueblos en sus manos escuchen esta voz»)¹⁸. Antes de él, el pontífice que lo precedió, Pío X, agobiado por una conflagración general inminente entre países cristianos, y aun católicos, había hecho un llamamiento a la paz el 2 de agosto, y el 3 había publicado en *L'Osservatore Romano* la exhortación apostólica *Dum Europa fere*, que fue su último documento público, pues murió dieciocho días después.

Lo que propuso Benedicto XV el 6 de diciembre fue un cese oficial de las hostilidades en todos los frentes, no meramente *por* Navidad, sino *con motivo de* Navidad, como era tradición en los países cristianos.

Pueden citarse ejemplos muy antiguos, como el de Alarico que, después de haber traspasado los Alpes Julianos, renunció a dar batalla con ventaja a Honorio, porque era la Pascua de 402 y aquel godo ya era cristiano¹⁹ (a continuación, sería vencido por Honorio). Con todo, la Paz y Tregua de Dios, como institución, es de finales del siglo X. Con la Paz de Dios se trataba de defender los caminos y de proteger a los perseguidos que se refugiaban en recinto sagrado; con la Tregua de Dios, de detener la guerra en determinados períodos del calendario litúrgico: Adviento, Navidad, Cuaresma... La primera asamblea de Paz de Dios fue el Concilio de Charroux, en Auvernia, en 989²⁰. La primera Tregua de Dios fue la aprobada el 16 de mayo de 1027 en los prados de Toluges, a unos quince kilómetros de Elna, en el Rossellón, en una asamblea de campesinos y eclesiásticos (con ausencia absoluta del poder

civil, porque lo que se perseguía era, precisamente, la protección contra el principal abuso de ese poder, que era la guerra privada entre señores), presidida por el abad Oliba²¹. La Iglesia universal recogió la institución de La Paz y Tregua de Dios en el Concilio de Clermont de 1095, convocado por Urbano II, y en los Concilios lateranenses del s. XII (1123, 1139 y 1179), y de esta manera se extendió rápidamente a toda la Cristiandad²². La *Treuga Dei* se convirtió en una tradición militar; y de la palabra *treuga* surgieron: *tregua*, *trêve* y *truce*.

Obviamente, Benedicto XV sabía que lo que proponía, dadas las dimensiones del conflicto, era difícil de conseguir. Un obstáculo evidente era que la Navidad ortodoxa rusa se celebraba el 7 de enero, más de dos semanas después que la católica, y «empalmar las dos Navidades era mucho armisticio»²³; otro era, precisamente, la división en dos frentes. Por su parte, los patriotas católicos — austriacos, alemanes y franceses — tampoco prestaron mucha atención a lo que, para ellos, debería haber constituido una súplica paterna²⁴.

La postura que las potencias adoptaron fue apareciendo en la prensa²⁵. Reino Unido, Bélgica, Alemania y Turquía aceptaron, pero no los países ortodoxos ni Francia, que no quería ver interrumpidas sus operaciones en curso. El 13 de diciembre la iniciativa papal podía considerarse fracasada. En Nochebuena, en un discurso al Colegio Cardenalicio, el papa se refirió a ella:

[...] teníamos en mente abrir, en medio de esta oscuridad de muerte bélica, al menos un rayo, un rayo del sol divino de paz, y a las naciones contendientes pensamos proponer, breve y decididamente, una tregua de Navidad, acariciando la confianza de que, si no podíamos disipar el fantasma negro de la guerra, al menos nos daría un bálsamo para las heridas que ocasiona. [...] Desafortunadamente, nuestra iniciativa cristiana no fue coronada por el éxito²⁶.

A pesar del fracaso de la iniciativa, el papa hizo otras propuestas, de las que los contendientes aceptaron una, relativa al intercambio de prisioneros que ya no pudieran tomar las armas, y otra, al descanso dominical²⁷.

Cabía, no obstante, la posibilidad de un cese extraoficial de las hostilidades: que se produjera un breve o brevísimo acercamiento de tropas enemigas en algún punto del inmenso campo de batalla. Ya había ocurrido en otras guerras que no eran medievales²⁸, como en la franco-prusiana, en el sitio de París.

En efecto: en la noche del 24 de diciembre de 1870, los soldados del 69º Batallón del 16º Regimiento de Marcha de la Guardia Nacional tenían como objetivo proteger el puente Suresnes desde una orilla del Sena, e impedir a cualquier precio que los alemanes cruzaran el río. En la iglesia de Suresnes (Saint-Cloud) comenzaron a sonar los primeros toques de la medianoche, y alguien gritó: «¡Es Navidad!». Antes de la duodécima campanada, un soldado salió de su agujero, remontó el parapeto y, sin prestar atención a las balas que venían del otro lado, entonó el Canto de Navidad de Adam²⁹. Era Henri Regnault, un pintor de veintisiete años que habría llegado a ser famoso si no hubiera muerto poco después³⁰. Se bajaron las armas, cesaron los disparos. Cada vez que Regnault terminaba una estrofa, un coro de infantes la repetía. Al final, hubo un minuto de silencio religioso, hasta que, de repente, en la sombra, surgió otro canto. Venía del otro lado, de rudas voces alemanas que cantaban la Coral de Lutero³¹ con el mismo ardor que las francesas habían puesto en cantar su Navidad³².

La posibilidad, pues, de un acercamiento amistoso en Navidad, incluso de un tácito armisticio entre las tropas oponentes, en algún lugar del frente o en muchos, era una hipótesis que a cualquier veterano de otras guerras se le podía pasar por la cabeza. Winston Churchill, entonces de treinta y nueve años y Primer Lord del Almirantazgo, como antiguo combatiente en la India y en Sudán, y como reportero que había sido en la Guerra de los Bóer, conocía bien los sentimientos, las angustias y los dilemas a los que se enfrentan los soldados en el campo de batalla, aquello en lo que piensan y todo lo que añoran. Un mes antes de Navidad, el 23 de noviembre, escribió a su esposa: «Me pregunto qué pasaría si los ejércitos, de repente, depusieran las armas al mismo tiempo y dijeran que tiene que haber otra manera de resolver las disputas»³³.

Y eso fue lo que ocurrió.

La Tregua de Navidad

«En el corazón de las tinieblas,
la Tregua de Navidad de 1914 encendió una vela de esperanza».
Malcolm Brown³⁴

«En la víspera de Navidad,
derrotada por cánticos pacíficos hasta bien entrada la noche,
la guerra perdió temporalmente su poder».
Michael Jürgs³⁵

La línea del Frente Occidental tenía unos 750 kilómetros de largo. En algunas zonas, como en el tramo de Yprés a La Bassée, la anchura entre la trinchera de primera línea aliada y la alemana (la «tierra de nadie» o *No Man's Land*³⁶) podía ser de apenas una docena de metros. Los enemigos no se veían entre sí, pero se oían unos a otros, incluso olían sus cocinas. Permaneciendo en la misma posición, frente a frente, durante varios días, pronto se dieron cuenta los combatientes de que las miserias de sus oponentes — «los piojos, el barro, el frío, las ratas y la agonía»³⁷ — eran las suyas, y, sobre todo, llegaron a descubrir, pasada la explosión de nacionalismo de las primeras semanas, que los otros eran igualmente seres humanos, expuestos al mismo peligro, y que poco o nada tenían contra ellos. Las duras condiciones a las que estuvieron sometidos los combatientes en el primer invierno de guerra produjeron en ambos bandos un sentimiento de respeto y hasta de simpatía hacia los hombres a los que se enfrentaban. Como escribió Zweig de otros soldados de aquella guerra, «sencillos y primitivos», que «se sentaban con los prisioneros como buenos camaradas»: tenían la guerra «como una desgracia que les había sobrevenido y contra la cual nada podían hacer, y por eso mismo, todo el que sufría aquel infortunio era como un hermano»³⁸.

El enemigo «ya no era una amenaza vaga y peligrosa más allá del horizonte, que podía aparecer de repente, de forma nítida y

amenazante, al comienzo de la batalla, sino que era un vecino cercano y, a veces, visible»³⁹. Ello explica que se produjeran entendimientos entre las tropas beligerantes:

Durante el invierno no era raro que pequeños grupos de hombres se reunieran en una trinchera del frente y celebraran allí conciertos improvisados, cantando canciones patrióticas y sentimentales. Los alemanes también hacían lo mismo, y en las noches tranquilas, las canciones de una línea flotaban hasta las trincheras del otro lado, donde eran recibidas con aplausos y, a veces, con peticiones de repetición⁴⁰.

Explica, incluso, que los enemigos hicieran una pausa en la batalla para jugar, como en la escena que apareció representada en *The Illustrated London News* el 26 de diciembre⁴¹.



1. Ilustración publicada en *The Illustrated London News* el 26 de diciembre de 1914 que representa a un soldado alemán que acaba de colocar una lata con una diana sobre una rama, invitando al enemigo británico a un concurso de tiro.

El entendimiento más simple consistía en evitarse; por ejemplo, cuando los soldados se abstendían deliberadamente de disparar sus armas, especialmente durante las comidas, con la esperanza de que el

enemigo hiciera lo mismo, o cuando la patrulla la hacía cada bando a una hora fija con la intención de no toparse con el enemigo⁴². Más complejo resultaba aparentar que se luchaba, cumpliendo las órdenes de los mandos: era el caso de los bombardeos que se realizaban a una hora y sobre un lugar que ya conocía el enemigo, o cuando los hombres apuntaban deliberadamente demasiado alto y el enemigo hacía lo mismo⁴³ (lo que Tony Ashworth denominó el *live and let live system*⁴⁴). Pero estos comportamientos irregulares todavía no constituían un armisticio (también irregular). Las treguas, durante la Gran Guerra, fueron entendimientos más o menos prolongados que permitieron mantener relaciones pacíficas, recuperar a los heridos y a los muertos que yacían en la tierra de nadie entre trincheras, a fin de darles sepultura, realizar trabajos de consolidación o mantenimiento en las trincheras, salir de ellas y pasear junto al parapeto, incluso realizar intercambios. En la edición de *The Times* del 2 de enero se publicó la traducción de la carta de un soldado alemán, fechada el 29 de noviembre, que decía:

[...] seguimos adelante y llegamos a la compañía «Y», de la que habíamos oído cosas interesantes. Habían intercambiado periódicos con los franceses, que están justo enfrente. Al principio no lo creíamos, pero un cabo que acababa de volver del encuentro nos contó cómo había sucedido todo. Una de nuestras partidas de reconocimiento colocó una pancarta con la leyenda «Guerra Santa» en un árbol delante de los puestos de avanzada franceses. Esto, por supuesto, tuvo lugar durante la noche. A la noche siguiente, cuando nuestra partida de reconocimiento quiso comprobar si el cartel había sido retirado, hallaron una carta escrita en buen alemán, en la que los franceses proponían un armisticio de una hora en un momento determinado. En la carta se encontraron, además, un par de cigarrillos⁴⁵.

En la Navidad de 1914 hubo paz en muchos lugares del Frente Occidental, consecuencia de las muchas treguas que tuvieron lugar. Aunque todas fueron independientes, todas ocurrieron al mismo tiempo, y por eso se puede hablar de la Tregua: «Tregua de Navidad», «Trêve de Noël», «Christmas Truce», «Weihnachtsfrieden». Pero también hubo mucho más que tregua

LA TREGUA DE NAVIDAD DE 1914

Después de cinco meses de guerra, al llegar la Navidad de 1914, soldados de uno y otro bando se alzaron por encima de sus trincheras y salieron al encuentro del enemigo, desarmados. Sucedió en muchos lugares del Frente Occidental —desde las proximidades de Nieuport, en el Mar del Norte, hasta Guebwiller, cerca de la frontera Suiza—, sin previo concierto, espontáneamente y al mismo tiempo. Aunque no fue la primera tregua de Navidad de la historia, nunca antes se había producido una como aquella: «Nunca había ocurrido nada de la magnitud, la duración o el potencial de cambio de las cosas como cuando cesó el fuego repentinamente en la víspera de Navidad de 1914» (S. Weintraub).

La Tregua de 1914 es una gran historia de la Navidad que se compone de muchas pequeñas historias de fraternidad y buena voluntad. Extrañamente, la Tregua de Navidad nunca ha sido contada en toda su extraordinaria dimensión. Cientos de testimonios de soldados británicos, franceses, belgas y alemanes que cantaron, bebieron, jugaron, intercambiaron objetos y direcciones —para cuando terminara la guerra— y hasta se abrazaron; y cientos de fragmentos de diarios de guerra e historias regimentales de uno y otro bando que, sin censura, aunque lacónicamente, contaron esos mismos hechos, conforman el material que ha servido a Álvaro Núñez para confeccionar este relato.



Depósito Legal: M-29758-2023

ISBN: 978-84-1339-164-9



9 788413 391649